

LECTURAS

Ten cuidado con las palabras *patria* e *insomne*, pero también con la palabra *suave*

Carlos Pereda

Los poetas son guardianes. Ese es su oficio. Son los guardianes que cuidan las palabras de la tribu. ¿A cuáles palabras cuida esa poeta que es Carmen Boullosa, al menos en *La patria insomne*? A muchas palabras, a un montón de palabras arrojadas un poco a donde caigan (¿operación con materiales desvenecijados?). Entre tantas de esas palabras, sin embargo, en esta lectura me limitaré a atender —¿previsiblemente?— cómo Carmen Boullosa cuida a dos de uso complicado y, hasta diría, apasionadamente enredado: *patria* e *insomne*. No obstante, también me detendré en una tercera —creo que de forma no menos previsible en el contexto mexicano—, la palabra *suave*, que parece infinitamente inocente, infinitamente inocua, infinitamente poca cosa, pero cuyo uso, al menos en la poesía mexicana, no lo ha sido, ni lo es.

Pero comencemos ya con la palabra *patria*. Cuando procuramos explorar en un diccionario su uso, después de expresiones más o menos sinónimas y tal vez un poquito cursis como *terruño*, *cuna*, *hogar*, *casa*, *amor primero*, casi de inmediato topamos con patologías como *chovinismo* y *patrioterismo*. Pronto también aparecen palabras que aluden a consecuencias de episodios trágicos, como *desterrado*, *emigrante*, *exiliado*, *proscrito*. En este poema de Carmen Boullosa hay poco o nada de lo primero; por ejemplo, no hay retratos de héroes sagradamente bien pintados. Tampoco hay ese vicio práctico y teórico, y recurrentemente tentador: el patrioterismo. Sin embargo, circula sí un eco de las últimas expresiones —*desterrado*, *emigrante*...—, pero pronunciadas desde otro lugar distinto al habitual; casi diría, desde otro preocupado dolor.

En efecto, en el primer fragmento, "La voz", nos confrontan ya versos que parecen las banderas de un proscrito, pero de un proscrito en su propia tierra o, mejor aún, de una emigrante que no ha traspasado ninguna aduana: de un exiliado que con desesperación se golpea contra sí mismo. Aunque no lo queramos, aunque procuremos evitarlo, se vive donde se vive. Entonces, ¿qué peor cosa que no vivir donde se vive, que vivir desterrado en donde se está? Por eso, estos versos son sacudidas y son lamentos: resplandores de fuegos de la patria. Leo algunas palabras heridas que acosan a la poeta, y que a su vez no dejan de acosarnos:

*Llamaba desde la tumba
Me borró de tajo preciados recuerdos
como si yo caminara desnuda sobre el fuego.
Me ví con los hilos de un tapiz deshecho entre las manos.
Ya no contenía el dibujo.
Era una madeja de colores sin sentido.*

El poema luego se arremolina y da muchas vueltas por varios lugares en donde la patria y la poeta, entre temblores, se confunden, se pelean, se abrazan, se dicen adiós: *se lloran*. Pero la experiencia del destierro íntimo, personal, desesperado, no se olvida. Así, al final del poema, esa angustia intensa reaparece como una tormenta que no ha dejado de hacerse presente a lo largo de estos versos desgarrados por tanta violencia: la exterior, la interior, la violencia exterior del México de 2010, del México del bicentenario. Porque la patria no es sólo amparo y leyendas conmovedoras. Es también memoria y alas rotas, y estorbo, y andamios caídos, y demandas.

Al respecto, leo unos pocos versos de ese final que huele a tumba, y no tanto a la de uno, como a una compartida, a tumba gritada por todas y todos:

*Ahora respiro pura ceniza, aspiro.
Mi propia sangre me abandonó.
Mi carne cerrada, como una piedra.
Me ahoga el olor de la sangre pública,
rueda en la calle la sangre ajena.
Tanta, tanta muerte.
No hay nada más.*

Vayamos ya a la otra palabra que anunciamos que nos interesa atender cómo la cuida Carmen Boullosa. Se trata de *insomne*. Se conoce: insomne es quien no puede dormirse aunque lo quiera. El insomnio no nos permite comenzar a descansar o nos interrumpe el sueño y nos empuja a ese *entre* de fatiga que se alarga: limbo incómodo en el cual no estamos dormidos, pero tampoco del todo despiertos, porque el insomnio es un combate sin vencedores. Es un combate en el que sólo se pierde: se pierde el sueño, pero también la vigilia. Es el combate vacío de la pura pérdida de quien no sabe perder, de la pérdida que se ahonda en un espiral de torbellinos en donde no hay más que pérdidas: sin resistencias, sin recomienzos.

De nuevo, tales pérdidas no sólo huelen a desolación y tumba, sino que comienzan a convertirse en cáncer y podredumbre. En el fragmento de este poema, que se titula "Presentación del insomnio", atropella una descripción precisa de este combate en la pura pérdida:

*¿Quién va ganando la batalla?
Los dos contendientes
redoblan
los ataques.*

*Los soldados de la batalla son de especies disímiles;
sólido acuchilla líquido,
líquido ataca gaseoso,
gaseoso apuñala sólido,
sólido clava su bayoneta en gas,
el gas asfixia la arena,
la sal cae a puñados sobre la gelatina,
son la cal en el ojo, el uno para el otro.
(Se repliegan.
Los combatientes resisten atrincherados.)
Ya mellados Vigilia y Sueño,
irritados,
perdidas sus distintas corduras (o incorduras)
necesitan eliminar al enemigo.*

*Carnicería.
Lucha a muerte.
Lanzan granadas.
Las tropas sacan fuerzas de horror a su muerte.
La luz cae en astillas.*

*El cielo se despedaza, se vuelve pólvora.
No es como en las películas, porque aquí no se ve nada,
la batalla es piel adentro.*

*Cada bando es cáncer del opuesto.
Cada bando es su propio cáncer,
se carcome a sí mismo.*

La "patria insomne" es, pues, la que ni descansa, ni trabaja, ni nada: la patria que se ausenta en sustantivos y adjetivos degradadores. Mucho peor todavía: se trata de la patria convertida en *carnicería*, pero en la carnicería externa, la carnicería interna: la carnicería que se desparrama por doquier. Es la patria que se carcome a sí misma en puro entrevero estéril que no cesa: salvaje locura.

En otro fragmento del poema que se titula "Insomnio, otra vez" se vuelve a aludir a esta falta de la noche y del día, a esta falta que crece y contagia como una lepra para la que no hay remedio:

*Insomnio:
tú reinas, y la luz y la oscuridad vuelven a confundirse*

Vayamos todavía a la palabra *suave*. Esta reflexión comenzó con una declaración pomposa: los poetas son guardianes que cuidan las palabras de la tribu. Cuidado: se trata de guardianes a menudo en extremo solitarios, pero no sordos. Son guardianes que se oyen, tácita o abiertamente discuten, hasta se insultan, para luego cada uno dedicarse, a su manera, a cuidar las palabras. Pero, en su soledad, saben de los otros guardianes: hay también una tradición de guardianes de las palabras y hasta cofradías inestables de esos guardianes. Respecto de *La patria insomne*, ¿a qué otros guardianes podemos invocar, al menos de la palabra *patria*?

Por supuesto, alguien que lea en México un poema que tenga algo que ver con la patria tendrá dificultades para borrar de su mente —si es que por alguna perversa razón quiere hacerlo— al poema *La suave patria*. Sin embargo, ¿qué podrían tener que ver estos poemas tan divergentes entre sí?, ¿qué podrían tener que ver la *salvaja* Carmen Boullosa y el prudente

López Velarde, más allá de un vago parentesco, en su reacción en contra de mucha violencia incontrolada en México, en 1910 y en 2010? Notoriamente, ambos poemas tienen algo que ver en su paralela divergencia, y sobre todo ya en el sentido mismo de la palabra *suave*. Tal vez eso puede resultar tener mucho que ver. ¿A qué me refiero?

En el *Diccionario del español de México* —en cuya primera página sorpresivamente se informa que Carmen Boullosa en alguna de sus muchas vidas fue colaboradora—, el registro comienza con un significado básico de la palabra *suave*, que es el que compartimos con los demás hablantes del español: "que es agradable a los sentidos: *viento suave, música suave*. Que es lento, medido y acompasado: *una corriente suave, un movimiento suave, una voz suave...*". Esos ejemplos del diccionario parecen recoger la legendaria *épica sordina* que tanto se festeja en el poema de López Velarde, y, por supuesto, los adjetivos no sólo justifican que Borges hablase del *dulce* López Velarde, sino, antes todavía, se justifican con tanto verso de *La suave patria* como:

*Trueno del temporal: oigo en tus quejas
crujir los esqueletos en parejas,
oigo lo que se fue, lo que aún no toco
y la hora actual con su vientre de coco.
Y oigo en el brinco de tu ida y venida
oh trueno, la ruleta de mi vida.*

No obstante, este diccionario también introduce un tal vez inesperado segundo significado de *suave*. Este significado es, creo, propiamente mexicano. Copio parte de la entrada del diccionario consultado: "*Ya estuvo suave*. Ya basta, ya fue suficiente: "*Ya estuvo suave* de abusar siempre de los más débiles". Precisamente, uno de los últimos fragmentos de *La patria insomne* se titula "*Ya estuvo suave*". Creo que el fragmento no tiene desperdicio. Por eso, me demoro todavía a leer por completo sus palabras entrecortadas, como procurándose borrar las unas a las otras:

Ya estuvo suave

*No quiero ser humano
sino el clavo o el perro o el ...
el qué más da;
no puedo decir pergamino, contiene un muerto en su
cuerpo;
no puedo decir papel o tinta o celofán,
que también traen muerto
¿Qué ser, qué ser?
¿Nube?
Efímera.
¿Agua?
¿Tequila? No, porque me beben.
No es pertinente la pregunta:
No quiero ser.
No quiero no ser.
No quiero ser lo que me han hecho.*

Insisto en releer obsesivamente la conversación entre sombras que entablan los tres últimos versos. De inmediato se expresa una contradicción. La patria dice o, más bien, nos decimos con la patria, nos mortificamos con la patria, nos confundimos con la patria:

*No quiero ser.
No quiero no ser.*

Enseguida la contradicción parece explotar. He aquí un atajo o, más bien, una dañada salida. Porque lo que enfáticamente procuramos es no seguir perdiendo siendo lo que somos sino... resistir tanta pérdida impuesta:

No quiero ser lo que me han hecho.

Por eso, *La patria insomne* no es una elegía, sino un atrilado *¡basta ya!*: un metatestimonio de resistencia ante la pura pérdida. Eso: ya fue demasiada producción de violencia, demasiada locura, demasiadas fábricas de muerte en México. Eso: ya fue demasiado. Ya estuvo suave. Basta ya. Basta •

Carmen Boulosa: *La patria insomne*, Poesía Hiperión, Madrid, 2011.